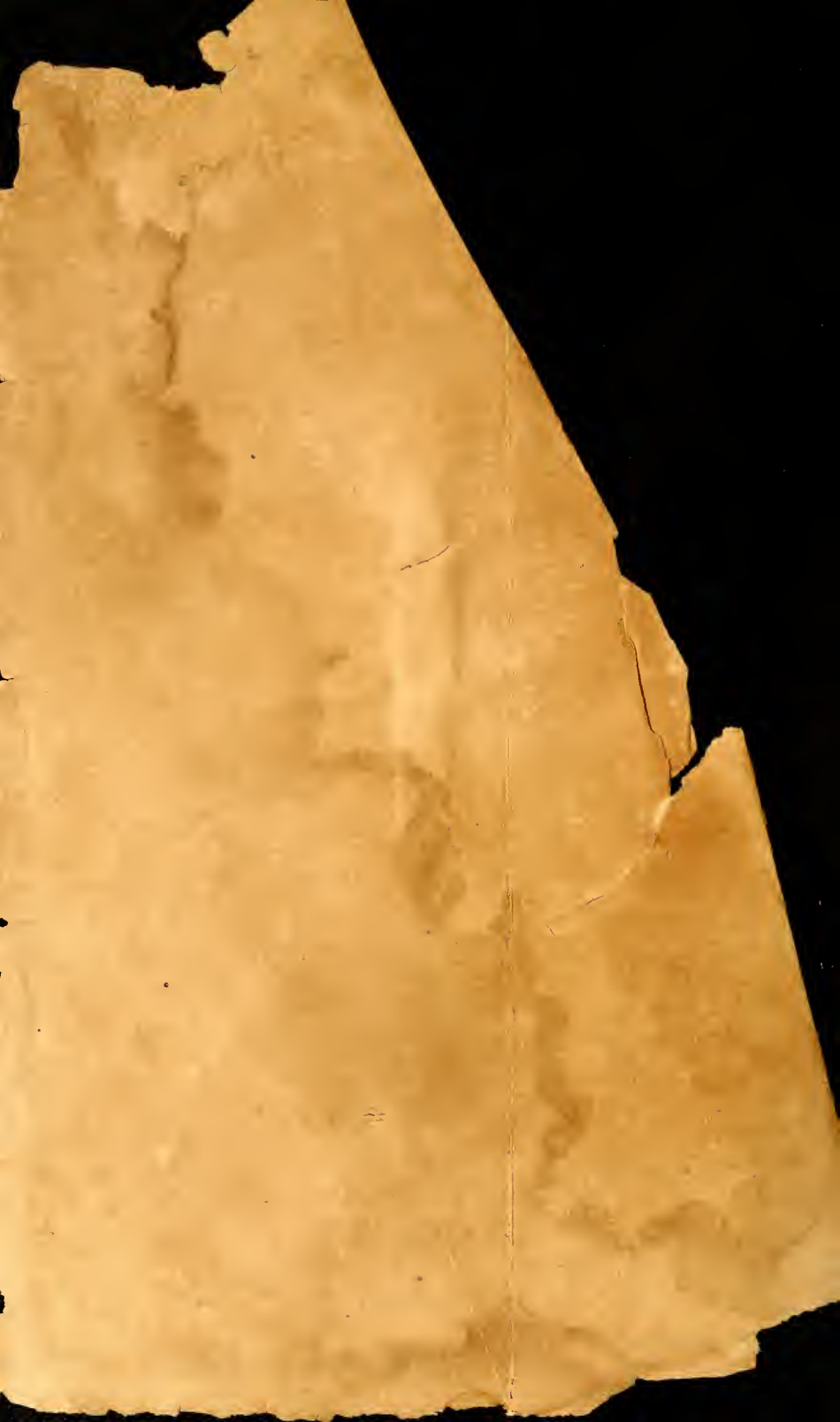


UN PRESTIGIO QUE SE VA!

Imprenta



F 2325
P 37

PROLOGO

Varios de nuestros más ilustrados amigos que nos han hecho el honor de leer lo que hemos publicado desde junio en *El Monitor Liberal* y en *El Pregonero*, al saber que pensamos ausentarnos por algunos meses de esta capital, nos han indicado que reunamos los citados escritos en un folleto, á fin de que puedan apreciarse en conjunto. Y hemos acogido su indicación, porque sabemos que las publicaciones de la prensa diaria hacen en los ánimos una impresión poco duradera, que los periódicos se extravían fácilmente, que es difícil coleccionarlos para releerlos cuando se desea, y porque deseamos que de aquí á algún tiempo pueda comprobarse si

son exactas las afirmaciones que hemos hecho.

No hemos escrito por mero pasatiempo ni por prevenciones personales contra el General José Manuel Hernández, cuyas condiciones de militar y de político hemos discutido, sino para ilustrar el criterio público, á fin de que nuestros conciudadanos puedan guiarse con acierto, ya que el mencionado General se ha exhibido con pretensiones á escalar la Primera Magistratura de la República.

En todos los países civilizados se discuten por la prensa las cualidades de los que aspiran al Poder. La prensa hernandista no ha desmentido una sola de nuestras afirmaciones. No tiene argumentos que puedan destruir las verdades que hemos consignado. En junio, un escritor de Valencia, que no dió su nombre, trató de desfigurar algunos de nuestros hechos militares, atribuyéndonos desde su escondrijo todo lo que le vino á la imaginación, y trató de contestar nuestro primer artículo con mentiras; pero fue confundido por el desprecio público y por la exposición clara

de la verdad que nosotros hicimos, corroborada por dos distinguidos oficiales que espontáneamente salieron en nuestra defensa; después, un diario de los de la prensa menuda de aquí, nos dirigió dos sueltos calumniosos que contestamos victoriosamente, produciendo el final de nuestra defensa tal desconcierto á los calumniadores, que al día siguiente vinieron á decirnos que estaban dispuestos á retractarse públicamente y á escribir en nuestro favor; luego el órgano oficial del hernandismo, con motivo de nuestros últimos artículos, de cuando en cuando nos ha dirigido algunos sueltos insípidos en que sólo nosotros hemos podido descubrir que querían aludirnos; los pocos que leen ese periódico no han encontrado nada que á nosotros se refiera porque no lo han examinado con atención, y al decirnoslo nos han preguntado: ¿Por qué no le contestan? ¿Será que tienen miedo de que usted profundice en el tema que ha elegido y acabe de desbaratar la falsa popularidad de su candidato?.....

Los que escriben en el mencionado

periódico han eludido las cuestiones que les hemos propuesto y huído del terreno de la discusión como huyen los ratones que habitan una débil construcción de madera cuando aquella toma fuego por un extremo; se han replegado á los últimos rincones del edificio, y quieren aparentar que están seguros de vivir allí mucho tiempo, cuando en realidad sólo están pensando en escaparse para irse muy lejos. Esos buenos señores han estado haciendo todo lo que humanamente han podido para que el Gobierno los mandara meter en la cárcel ó les hiciera suspender el periódico, por que han previsto que ellos mismos tendrán que suspenderlo pronto por razones de economía, y les parece más airoso poder atribuir su desaparición á las imposiciones de la fuerza. Mas como al fin se han convencido de que el Gobierno no les hace caso, mientras están preparándose á despedirse y buscando alguna excusa que los preserve del ridículo, siguen hablando muy serios de regeneraciones, etc. etc. etc. Están quemando los últimos cartuchos antes de declarar-

se en derrota, y cuando el público los vé tan apurados, prorrumpe en carcajadas y les grita: “Ya nos conocemos, hemos visto muchos *regeneradores* como ustedes que decían las mismas cosas, y cuando han alcanzado el Poder se han olvidado de nosotros y de que habían ofrecido regenerar la Patria. Regérense primero ustedes mismos y ocúpense cuanto antes de algo útil, para que se distraigan y no nos importunen más!”

Caracas: 8 de agosto de 1899.

ANTONIO PAREDES.



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LA ULTIMA CAMPAÑA

DEL GENERAL JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ ESCRITA

Y CÓMENTADA Á VUELA PLUMA

En un escrito publicado en *El Tiempo* número 1.833, la Junta Directiva del partido que reconoce como jefe al General José Manuel Hernández hace altos elogios de la conducta militar de éste durante su última campaña.

Hablan de *talento militar* y de *grandes hazañas guerreras*, etc., etc., etc.-----

¿Qué entenderán esos señores por talento militar? La campaña aludida, considerada bajo el punto de vista de la ciencia, no ofrece nada que admirar; por el contrario, en ella violó el General Hernández todos los principios, y si no sucumbió antes fue porque los dos generales que mandaron las tropas constitucionales como Jefes de la Primera Circunscripción Militar, no supieron aprovecharse de los grandes desaciertos en que incurrió, y los cometieron á su vez muy graves.

Pero echemos una rápida ojeada sobre los sucesos de que se trata, para que los admiradores del talento militar del General Hernández puedan apreciar mejor la verdad de lo que acabamos de ásentar.

Después de correr por espacio de más de un mes en Zamora con cuatro ó quinientos hombres delante de las fuerzas que comandaba el General Crespo, éste consideró que nunca alcanzaría á Hernández si continuaba la persecución con sus fuerzas reunidas, porque sus movimientos tenían que ser muy lentos, y cometió el error de fraccionar sus tropas en varios cuerpos demasiado pequeños, algunos de los cuales eran muy inferiores en número al de Hernández, y se resentían además de la deficiencia de los jefes á quienes encomendó su dirección.

Al frente de dos batallones siguió personalmente la persecución y mandó los otros cuerpos por distintas vías con la idea de que lo apoyaran en caso necesario, sin calcular bien ni el tiempo ni las distancias, ni comprender que aquellas tropas iban á estar expuestas á ser batidas en detal. Hernández sin siquiera desearlo—puesto que hasta ignoraba que Crespo hubiera dividido sus fuerzas—se tropezó en una de sus marchas con un batallón de los diseminados por aquel General, y en un tiroteo de pocos minutos, en que no hubo ni un herido, lo derrotó cogiéndole todo el armamento.

Se encontraba en la “Mata Carmelera,” con sus tropas ya armadas de una manera uniforme y entusiasmadas con el fácil triunfo que habían alcanzado, cuando fueron avistadas las escasas tropas de Crespo que avanzaban resueltamente al ataque. Hernández tuvo la intención de retirarse y quiso dar órdenes en ese

sentido, mas sus subalternos le representaron que se perderían si daban la espalda con el enemigo ya á tiro de fusil, y entonces resolvió dar frente; pero dispuso la colocación de sus tropas de un modo tan poco inteligente, que cuando á los diez minutos de fuego murió Crespo y sus tropas llenas de pavor se declaraban en completa derrota, había tal confusión en las fuerzas de Hernández, que no sólo no pudo disponer de la más pequeña reserva para completar el triunfo, sino que él mismo, con parte de ellas huía ya en dirección contraria.

La noticia de la muerte de Crespo y del desbandamiento de las tropas constitucionales, que le fué llevada por expreso, restableció la calma en su espíritu y lo decidió á volver al lugar del combate para ser aclamado vencedor y héroe!

¡Qué sarcasmo!.....

Pero si hasta aquí se ha exhibido Hernández como General de escasísimo intelecto y de poca energía, lo que hizo después revela que no tiene ni los conocimientos que deben presuponerse en un Coronel, ni aún esa intuición de la guerra que ha hecho sobresalir á algunos de nuestros militares.

La muerte de Crespo produjo el pánico en todos los cuerpos que quedaron diseminados en Zamora, y el General Hernández en lugar de buscarlos sin descanso y batirlos separadamente y formar un ejército con sus despojos, los deja á un lado y se viene á Carabobo, como un loco, sin plan determinado.

Llega á Tocuyito cuando en Valencia no

hay sino una escasa guarnición, y no la ataca, y no ocupa la plaza donde habría podido hacerse de considerables elementos, sino que dá la espalda y desfila hacia los Distritos occidentales del Estado, dejando que las fuerzas del Gobierno se reorganicen tranquilamente á retaguardia.

Por este tiempo es nombrado el General Ramón Guerra, Jefe de la Primera Circunscripción Militar y acude á Valencia.

El General Hernández marcha siempre hacia Occidente. Antes de llegar á Bejuma encuentra cuatrocientos hombres de las fuerzas del Gobierno que habían quedado aislados en aquellos Distritos, los cuales, asustados, ocupan unas alturas hacia la derecha del camino, con la intención bien definida de escaparse al menor indicio de peligro. ¡Hernández no les quita las armas!... Se contenta con formar sus fuerzas á lo largo del camino como para hacer ostentación de ellas y asustar más á aquellos infelices, y luego da el flanco y sigue marcha. Si aquellos cuatrocientos soldados hubieran estado mandados por un oficial brioso, allí habría muerto la revolución; habría sido aquél el último disparate militar de Hernández; pero nó: aún debíamos presenciar otros.

El General Guerra llega á Valencia, donde se reconcentran en pocas horas más de cinco mil hombres, y en vez de partir con ellos como un rayo en persecución de Hernández para alcanzarlo y destruirlo antes que llegara á Nirgua, gasta ocho días esperando vestuarios y no sabemos que otras menudencias.

El General Hernández está poco más allá de Nirgua con sus fuerzas, aumentadas considerablemente con las que se le han incorporado á su paso por Cojedes y Carabobo.

El General Guerra, á los tres días de estar en Valencia, destaca una división que avanza 14 leguas y se detiene porque su Jefe se considera débil y sabe que no puede ser auxiliado si Hernández, que está á media jornada, se resuelve á atacarlo.

Hernández, que puede, que *debe* devolverse y batir aquella división antes de seguir marcha, permanece inactivo, sin duda meditando el plan que había de llevarlo al desastre!.....

Dos caminos se le ofrecían allí: ó esperar la aproximación del ejército de Guerra y caer inmediatamente al llano por Las Palomeras, para contramarchar con la rapidez del relámpago hacia el centro, incorporando al paso todas las guerrillas de que estaban plagados Zamora y Carabobo, y presentarse con cuatro ó seis mil hombres sobre Caracas, que debía suponer mal guarnecida, (1) dejando á mu-

(1) El General Andrade que había reprobado la lentitud de los movimientos del General Guerra y extrañado que no aprovechara la ocasión que había tenido de destruir á Hernández, pensó un momento que éste ejecutaría lo que acabamos de explicar, y decretó la organización de un ejército de reserva para salirle al encuentro, pues sabía que en este caso no debía contar con las fuerzas de Guerra y Juarez que quedarían internadas en el Occidente. Y quien esto escribe no quiso en esos días seguir á las órdenes del General Guerra, porque juzgó desacertadas sus disposiciones y consideró perdida la campaña que acababa de iniciar. No imaginaba que Hernández cometería la torpeza de seguir hacia Barquisimeto; semejante falta militar parecía imposible!

chas marchas de distancia las fuerzas de Guerra é inutilizando también por lo pronto los 3.000 hombres que comandaba Juarez en Barquisimeto; ó seguir á estrellarse contra éstos por vía de San Felipe, exponiéndose á que Guerra le cortara la retirada y á quedar encerrado.

En el extremo de uno de los dos caminos estaba la victoria posible: en el del otro la ruina inevitable. La elección no era difícil; sin embargo, el General Hernández se decidió por el que conducía á la ruina, y se internó hacia Barquisimeto, en cuya vía no le seguiremos, porque todo el mundo sabe que después de marchar y contramarchar sin orden ni concierto, vino á caer prisionero en Yumare, cuando intentaba regresar al centro, sin duda para seguir caminando indefinidamente.

En todo el curso de esa campaña el General Hernández no tuvo más encuentro serio que el de Charaguara, pocos días antes de ser capturado; anteriormente no había tenido sino tiroteos en que siempre dejaba empeñadas algunas fuerzas de su retaguardia, y él se ponía en salvo con las otras.....

¿Cuál es, pues, el mérito militar de esa campaña? ¿Cuál el talento ni la energía que desplegara Hernández en ninguna de las circunstancias difíciles en que se encontró? Hemos visto que en la cacareada "Carmelera" le dió el triunfo una bala que por casualidad quitó la vida al General Crespo cuando ya Hernández estaba derrotado sin haber combatido ni media hora. Lo hemos visto desaprove-

vechar la ocasión de formar un ejército batiendo los restos de las fuerzas de Crespo dispersos en Zamora. Lo hemos visto llegar á Tocuyito y no resolverse á atacar la débil guarnición de Valencia. Lo hemos visto en Bejuma desaprovechar la ocasión de coger cuatrocientos mausers sin aventurar nada, y efectuar una marcha de flanco en presencia de un enemigo en posición, cosa que no había realizado nunca ningún militar sin perderse, pero que á Hernández debía salirle bien por la *extremada mansedumbre* de sus adversarios. Lo hemos visto perder la oportunidad de destruir una de las divisiones del ejército del General Guerra para hacerse de elementos y reanimar el espíritu de sus tropas que ya empezaba á decaer. Y por último, lo hemos visto desechar el único plan con que habría podido salvarse, á pesar de los errores en que hasta entonces había incurrido, para meterse como un desatentado en un círculo de bayonetas de donde no debía salir sino prisionero.

La relación anterior prueba que el General Hernández no sabe nada de táctica (lo vimos en "La Carmelera"), que tampoco conoce nada de estrategia (lo hemos seguido en sus marchas,) y si no temiéramos cansar la atención de los que hayan de leer estas líneas, demostraríamos que ignora igualmente las prácticas más triviales de la guerra, y que si alguna vez ha tenido éxito en negocios militares, lo ha debido más á los desaciertos de sus contrarios ó á la ciega fortuna que á sus dotes militares.

Tal vez el General Hernández, en quien

la idea de llegar á presidir la República es una monomanía, se haya preparado y hecho estudios que lo pongan en capacidad de desempeñar airosamente tan elevado cargo; pero nosotros afirmamos—y estamos dispuestos á seguir demostrándolo por la prensa—que en asuntos militares tiene mucho que aprender.

No creemos en la infalibilidad de ningún hombre; sabemos que todos estamos expuestos á cometer faltas; pero negamos que tenga talento ni conocimientos militares; quien, como el General Hernández, no ha hecho hasta ahora sino disparates.

Los acontecimientos que se preparan hablarán más claro que nosotros; el General Hernández piensa lanzar su nombre á la discusión como candidato á la presidencia de la República en el próximo período; y como será derrotado, porque la mayoría del país no quiere á la Oligarquía en el poder, apelará de nuevo á la guerra y tendremos la pena de verlo de nuevo vencido.

A nosotros no nos cupo la honra de combatir en la pasada campaña contra las tropas que mandaba personalmente el General Hernández; pero esperamos que no sucederá lo mismo en lo porvenir, y que tendremos ocasión de apreciar si ha adelantado algo en el arte de dirigir soldados; él es joven, todavía puede estudiar y aprender.

Caracas: 7 de junio de 1899.

ANTONIO PAREDES.

MENTIS

(De DON TIMOTEO, de Valencia.)

Léase en seguida el solemne mentís que dá á *Un Oficial Nacionalista* nuestro amigo Coronel E. Núñez Guevara:

POR LA VERDAD

En el número 7 de *El Nacionalista*, periódico que se publica en esta ciudad y que tiene por Director y Redactor, respectivamente, á los señores J. M. Cortina y Carlos R. Pérez Calvo, corre inserto un artículo anónimo referente al General Antonio Paredes y tendente á denigrar á éste Jefe, haciéndole aparecer como un cobarde y hombre capaz de faltar á las leyes del deber y del honor.

Yo fuí testigo presencial de algunos de los hechos que tan injustamente se le imputan, y por eso salgo al frente de su redactor para decirle: que el General Antonio Paredes, como uno de los Jefes de los cuerpos que comandaba el General Raimundo Fonseca en su expedición por Occidente contra las fuerzas que acaudillaba el General José Manuel Hernán-

dez, y atacado el Parque Nacional en el lugar denominado "El Naípe" por fuerzas del enemigo y por tres flancos diferentes atrincheradas en sus caseríos, por donde debíamos necesariamente pasar, con un piquete de veinticinco hombres y él en persona, las desalojó de sus posiciones y las hizo huir, abriendo así paso franco al referido parque que llegó á su destino sin otro inconveniente. Allí probó el General Paredes una vez más su valor, pues sin el arrojo que demostró personalmente y su pericia militar, los numerosos enemigos que tenía de frente sabe Dios lo que hubieran alcanzado. Y respecto de su destitución, eso es igualmente falso, falsísimo! Lo que hubo de verdad allí fue que el General Paredes pidió al General Fonseca, y no al General Guerra como lo asegura el anonimista, su retiro del Ejército, que le fue concedido.

Y digo que fuí testigo presencial de estos hechos, porque yo iba en ese Ejército como Ayudante del valeroso y leal General José Antonio Rodríguez Maceira, que era entonces el Jefe de dicho parque.

Valencia: junio 14 de 1899.

E. Núñez Guevara.

Caracas: 18 de junio de 1899.

Señor Coronel E. Núñez Guevara.

Valencia.

Mi estimado amigo:

Anoche fue que tuve ocasión de leer el escrito en que *Un Oficial Nacionalista* trata de refutar mi artículo intitulado "La última campaña del General José Manuel Hernández, escrita y comentada á vuela pluma."

Ese sugeto que se esconde bajo el anónimo porque seguramente se avergüenza de las mentiras que asienta, no merece que ningún hombre serio se ocupe de él ni de sus producciones.

Todo el que lea el impudente escrito á que me refiero, no podrá menos de sentir un profundo desprecio hacia ese anonimista que falsea la verdad sin escrúpulos. No obstante eso, si tengo tiempo, voy á escribir hoy unas líneas para enviarlas á algunos periódicos de esa ciudad, con el fin de poner más de relieve las mentiras del citado escrito.

Anoche fue que leí también la enérgica defensa mía que usted tuvo la bondad de pu-

blicar en *Don Timoteo*, en la cual desmiente usted, con la altivez propia de un militar de honor, la parte de los hechos falseados por el anonimista, que usted presenci6.

Hágame el favor de dar las gracias de mi parte al señor Pedro Medina Ruiz por haber dado acogida en su interesante periódico á la citada defensa, y crea usted que yo sabré agradecer la actitud que usted ha noblemente asumido.

Soy su amigo que lo aprecia de veras,

ANTONIO PAREDES.

Contestación á “Un Oficial Nacionalista.”

—

Aunque estamos seguros de que el escrito firmado *Un Oficial Nacionalista* que apareció en *El Nacionalista* de Valencia, número 7, habrá merecido el desprecio del público sensato, por no contener sino un cúmulo de invenciones ridículas, que habrá visto claras todo el que nos conozca y conozca los hechos que se falsean allí sin ninguna especie de pudor, vamos á contestar el primer párrafo, en que de esos hechos se trata, para desautorizar más, si cabe, al escritor anónimo.

Los párrafos en que trata de refutar nuestro artículo intitulado “La última campaña del General José Manuel Hernández, escrita y comentada á vuela pluma,” no los contestaremos, porque allí no hace sino mentir y disparatar sobre otro tema, y no podemos emplear nuestro tiempo en discusiones con quien hace tan poco caso de la verdad.

El General Pedro Conde, que según el anonimista, nos *derrotó* en Santa Bárbara, *derrota en que perdimos el sombrero y el talma,*

el General Conde, decimos, habrá sonreído al leer tal aserto, recordando que en los tres días que estuvimos en su persecución, ni una sola vez nos dió el frente, y que, por el contrario, fue él quien tuvo que caminar mucho y muy de prisa para evitar que lo obligáramos á combatir.

Las razones que tuviera para observar esa conducta, no las conocemos; tal vez consideraba sus tropas más débiles que las nuestras por el número ó el armamento, pues nos consta que el General Conde es valiente, y no dudamos de que si las probabilidades del triunfo hubieran estado de su parte, nos habría esperado y aún salido á nuestro encuentro.

En una combinación que intentamos el primer día que lo tuvimos á la vista, cuando marchaba á poca distancia delante de nosotros, dos jefes á quienes encargamos á las 6 de la tarde de seguirlo sin empeñar combate por el camino que de Bejuma conduce á San Antonio, mientras nosotros contramarchábamos en la noche con el resto de nuestras tropas para amanecer en Santa Bárbara y tratar de cogerlo entre dos fuegos, esos dos jefes, repetimos, perdieron la huella en la oscuridad, y sin que lo advirtieran, Conde dejó el camino que conduce por San Antonio á Santa Bárbara, donde nosotros lo esperábamos, y tomó una vereda casi impracticable, de cuya existencia no se tenía noticias, y que baja de la cumbre del mismo San Antonio á La Olla.

Al llegar á la cumbre de Naranjal en nuestra rápida contramarcha, considerando que

la lentitud de las bestias que conducían nuestro parque no iba á permitirnos llegar á tiempo á Santa Bárbara, y que las cápsulas que llevábamos en las cartucheras nos bastarían para batir á Conde, ordenamos al General Pedro Carpio se dirigiera con las citadas bestias y 45 hombres de custodia á esperarnos en Bejuma, donde contábamos estar al día siguiente.

Al saber nosotros que Conde se había escurrido por la vereda arriba mencionada, comprendimos que Carpio corría el peligro de tropezar con él, y ordenamos á los dos jefes que habíamos dejado en su seguimiento en la cuesta de San Antonio, que contramarcharan á toda prisa y fueran á incorporarse á Carpio.

A nuestra llegada á Bejuma un día después, supimos que los citados jefes no habían alcanzado á Carpio, porque faltos de buenos guías se habían extraviado en la noche, y que Conde había tiroteado á aquel á su paso por El Salto, herídole gravemente dos bestias de las que llevaban parque, y cogido 6 ú 8 hombres que en el tiroteo se dispersaron.

La conducta del General Carpio y del Coronel M. Cadenas, encargados del parque, fue en esa ocasión la de dos valiente y dignos militares, porque con un puñado de hombres supieron defenderse contra fuerzas infinitamente superiores, y llegaron á Bejuma sin otras pérdidas que los de unos pocos mausers que conducían las dos bestias inutilizadas, los 6 ú 8 hombres que huyeron y otros tantos heridos, de los cuales habían tenido que dejar los más graves.

Tal vez refiriéndose á los pocos mausers

que debió encontrar Conde sobre las dos bestias heridas, las cuales fueron abandonadas por Carpio por carecer de medios para llevarlos, y porque su deber era salvar el resto de los abundantes elementos confiados á su valor, tal vez refiriéndose á eso, decimos, es que el anonimista de Valencia asegura que Conde, en la *derrota de Santa Bárbara que él soñó, nos quitó casi la totalidad del parque que llevábamos.*

En la noche del día de nuestra llegada á Bejuma salimos de nuevo contra Conde, que hasta esa tarde había estado á tres leguas de allí, donde llaman El Cedro, y nos amaneció en el citado punto, el cual había sido desocupado por aquel General en la madrugada, para retirarse á Canoabo, por vía de Montalbán.

Regresamos inmediatamente á Bejuma, y el mismo día, cuando nos preparábamos para seguir sobre Conde, recibimos un telegrama del General Andrade en que nos ordenaba incorporarnos al General Fonseca en Tocuyito para practicar una operación importante. Por esa circunstancia abandonamos la persecución, precisamente en el momento en que iba á verse Conde obligado á presentarnos combate, pues todos saben que en una posición tan cerrada como Canoabo, nos habría sido fácil estrecharlo.

Incorporados á otras tropas que mandaba Fonseca, efectuamos una marcha de Tocuyito á Tinaquillo, sin encontrar sino unos pocos enemigos más allá de El Naípe, que á favor de la posición formidable que ocupaban, nos hirieron y mataron algunos soldados; pero que fueron

desalojados y dispersados en pocos minutos por el valiente Capitán Daniel Ceballos, á quien, al frente de otros distinguidos oficiales de nuestra guardia personal, ordenamos hiciera desocupar la altura de donde recibíamos daño.

En Tinaquillo, por razones que no es del caso exponer aquí, pedimos al General Fonseca nos concediera nuestra baja del Ejército que él mandaba, y aunque nos hizo el honor de instarnos mucho para que siguiéramos hasta Bejuma, hacia donde pensaba marchar por vía de Naranjal, nosotros persistimos en el deseo de retirarnos, y obtuvimos nuestra baja junto con la de 22 oficiales que quisieron volverse con nosotros á esta ciudad.

En quince días que tuvimos al frente del cuerpo de tropas que el General Andrade nos hizo el honor de confiarnos, batimos y destruimos completamente, 5 leguas más abajo de Tinaquillo, la facción que mandaba el General Aparicio; perseguimos á Conde como lo hemos referido; y después de incorporarnos al General Fonseca, renunciamos en Tinaquillo el mando que teníamos y nos separamos del Ejército.

Todos los militares que sirvieron en esa corta campaña con nosotros y con el General Fonseca, pueden atestiguar la verdad de lo expuesto.

En cuanto á lo que dice el anonimista de que por la derrota de Santa Bárbara etc., etc., el General Guerra *nos depuso del mando de uno de los cuerpos de su Ejército por considerarnos nulo como Jefe*, baste saber, que la expedición del General Guerra fué en mayo y los aconte-

cimientos que dejamos referidos ocurrieron en junio, y por consiguiente, aun siendo verdad lo que asienta el anonimista de derrotas, etc., etc., mal podía habernos depuesto el General Guerra por sucesos que no acaecieron sino un mes después.

La nota que copiamos al pié, prueba que cuando el General Guerra salió á perseguir al General Hernández en los primeros días de mayo, y no creímos deber seguir con él, por las razones que dejamos apuntadas en nuestro artículo que trata de refutar el anonimista de Valencia, fuimos nosotros los que *exigimos* nuestra baja, y nó el General Guerra quien nos *depusiera* por derrotas que hubiéramos sufrido, como lo afirma desvergonzadamente ese escritor que se esconde para poder mentir sin que el dedo de la reprobación pública lo señale como indigno de vivir en la sociedad de los hombres.

Suplicamos á los periodistas liberales de Valencia se sirvan reproducir la narración anterior para que quede en claro la verdad, y rogamus á las personas que se tomen la pena de leerla, nos perdonen que hayamos molestado su atención, refiriendo hechos que se relacionan con nuestra persona, en consideración á que esos hechos habían sido desfigurados sin ninguna especie de miramientos.

Caracas: 18 de junio de 1899.

ANTONIO PAREDES.

Estados Unidos de Venezuela.—Jefatura de la
Primera Circunscripción Militar de la Re-
pública.—Cuartel General en Valencia, á
3 de mayo de 1898.—87° y 40°

Ciudadano General Antonio Paredes.

Presente.

Por exigirlo usted y en atención á las ra-
zones que me expuso esta mañana, queda dado
de baja en el Ejército de mi mando.

A nombre del Gobierno Nacional, y en el
mío, doy á usted las gracias por los servicios
que ha prestado á la Causa y á la Patria.

Dios y Federación.

R. Guerra.

Campana de Paredes en Carabobo y Zamora

—
SU INGRESO AL EJÉRCITO DEL GENERAL FONSECA

—
SU ACTITUD

—
REGRESO Á CARACAS

—
Para las almas ruines es muy peculiar la calumnia. Los que sólo viven y se alimentan de lodo, no encuentran manera de hacer aparecer como NADA á los que valen algo, y por eso se valen de ella.

De algún tiempo á esta parte muchos de esos que se adornan con el pomposo título de "Liberales Nacionalistas," la han dado por denigrar la figura del joven militar Antonio Paredes, y vano empeño será éste, pues la voz de la justicia se dejará oír vigorosa por sobre esa ridícula algazara que sostienen esos *maniáticos* sedientos de poseer el mando.

Paredes es un militar joven, valiente y pundonoroso, y sus servicios datan del 92 para

acá. Además de poseer cualidades que en verdad le distinguen, posee algo más que muy pocos ó casi ninguno de nuestros militares atesoran : cabeza propia.

Cuando la revolución acaudillada por el General Hernández estalló en Queipa, el General Paredes estaba en New York, y regresó á la Patria tres días antes de la muerte del General Crespo, durante los cuales se abstuvo de servir al Gobierno.

Nombrado el General Ramón Guerra Jefe de la Primera Circunscripción Militar de la República, salió con este jefe del que se separó á los pocos días por razones que ya son del dominio público.

El General Paredes regresó á esta ciudad, de donde salió el día 23 de mayo á la cabeza de cuatrocientos hombres con el carácter de Jefe expedicionario en el Occidente de Carabobo. Para esa época merodeaba por las cercanías de Tinaquillo el General Amalio Aparicio con dos ó trescientos hombres, y pocos días antes había derrotado en aquella plaza al General Manuel Ignacio Rodríguez, quitándole todas las armas.

Ocupamos á Tinaquillo (digo así porque el que estas líneas escribe le cupo la honra de acompañarle en calidad de Ayudante de Campo) de donde salimos á las pocas horas, sin descansar, á caer sobre la facción mencionada. A las nueve de la mañana del 28 de mayo divisamos las avanzadas del enemigo ; nosotros seguimos nuestra marcha, aguantando sin contestar, en un espacio de más de legua y media, las descargas de fusilería con que desde sus

posiciones nos obsequiaban; pero al llegar á un sitio denominado *Buenos Aires*, ordenó el General Paredes la división de su gente, mandando un cuerpo de infantería al mando del Coronel Izquierdo León que flanqueara por la izquierda, en tanto que él con otro cuerpo al mando del Coronel Ponce, avanzaba por el centro sin disparar un tiro, con ánimo de cargar al enemigo á la bayoneta por el flanco y la retaguardia. La operación no pudo efectuarse con más rapidez; bastaron pocos minutos para ponerlos en completa derrota, pues al verse flanqueados se dispersaron en todas direcciones, dejando en el campo siete muertos y varios heridos sin que de nuestra parte hubiese ni uno solo. Además, quedaron en nuestro poder algunas reses, caballos en pelo, caballos ensillados entre ellos los de Aparicio (1) y su segundo, y varios prisioneros de poca significación. Aparicio quedó herido en esta ocasión, y murió á los pocos días.

Después de estos sucesos nos internamos en la Sierra en persecución de Conde, que según informes se encontraba en "El Potrero."

Después de dos marchas muy difíciles llegamos á ese sitio, de donde Conde había partido media hora antes. Fue entonces que el General Paredes ordenó la operación que en su artículo publicado en *El Pregonero* número 1839 alude. Lo que Paredes dice allí es la verdad de los sucesos.

Regresamos á Bejuma y á las pocas horas

(1) La bestia de Aparicio, una yegua plateada, está en poder del General Manuel I. Rodríguez, de Tinaquillo.

salimos de nuevo á buscar á Conde que se hallaba en El Cedro, según lo demuestra el General Paredes en su publicación indicada. Cuando llegamos al sitio dicho ya, Conde se había retirado á Canoabo, y como Bejuma se encuentra en el camino que debíamos recorrer, nos dirigimos allí.

Cuando ya estaba dispuesto todo para marchar de Bejuma, recibió el General Paredes un telegrama del General Raimundo Fonseca que acababa de ser nombrado Delegado y representante del Ejecutivo en Carabobo, para que marchara y se uniera á él en Tocuyito, pues para el desenvolvimiento de ciertas operaciones reconcentraba en el sitio nombrado los cuerpos expedicionarios que al mando de los Generales Cedeño, Arvelo, Quintana (J. R.) y otros estaban en Carabobo.

Con esta nueva disposición, vió Paredes la desaparición de su más anhelado laurel; ya no podía destruir y hasta cojer á Conde; pero no por esa orden recibida desmayó. En seguida envió al General Andrade y al General Fonseca varios telegramas en que les instaba le permitieran continuar la persecución de Conde, porque en Canoabo adonde se había situado éste, tenía la seguridad de destruirlo. (*)

Dichos telegramas fueron contestados negativamente, ratificándole la orden de incorporarse al indicado General Fonseca.

A las 11 de la mañana del día 8 de junio marchamos hacia Tocuyito, adonde llegamos el 12 en la noche.

(*) Yo mismo escribí los telegramas á que aludo.

En la madrugada del día siguiente emprendimos marcha, la que verificamos sin interrupción alguna hasta las 9 a. m. que al pasar por El Naípe unas guerrillas enemigas, después de haber dejado pasar la vanguardia del Ejército constitucional, pretendieron caer sobre el parque que estaba á las órdenes del valiente General Rodríguez Maceira.

La serenidad que desplegó Paredes en esta ocasión fue admirable, porque después de sufrir una descarga á quema ropa, sin vacilar un momento ordenó al Capitán Ceballos desalojara al enemigo que ya había causado algunas pérdidas, operación que fué practicada en el acto dejando paso franco al parque que se conducía.

Al llegar á Tinaquillo la salud del General Paredes habíase quebrantado y con la idea de buscar alivio exigió su baja al General Fonseca. Ni éste ni los Generales Lino Duarte Level y Calzadilla Valdez, vieron con agrado la petición de Paredes, pero convencidos de la necesidad que tenía de separarse momentáneamente de la campaña, concedióle el General Fonseca su baja en el pueblo aludido, á 11 de junio de 1898.

Regresamos el General Paredes y algunos oficiales á Tocuyito adonde permanecimos cuatro días, y ya este General repuesto de su quebranto, marchamos á Valencia de donde emprendimos marcha para esta ciudad.

Además del encuentro que tuvimos con Aparicio, se efectuó otro en el sitio llamado La Guásima, que no me detengo á relatarlo por haber sido de muy poca significación.

Esta es la verdad de lo sucedido en nuestra corta y difícil campaña; y reto desde estas columnas al anonimista valenciano, á que me pruebe lo contrario de lo que dejo dicho y de lo que el General Paredes oportunamente escribió.

Decir que Paredes fue *derrotado* por Pedro Conde; decir que *le quitaron* el parque que conducía, y decir que *fue destituido* por el General Guerra, es una calumnia soez y prueba de ello es que nadie con su firma se atreve á decir nada de esa índole, sino que se solapan con anónimos despreciables.

Dejo de esta manera esclarecida la verdad de los sucesos, y en la creencia de que nadie será capaz de pronunciar la más leve frase tendente á denigrar una figura como la del General Paredes, felicito con satisfacción patriótica al Benemérito General Andrade por contarle en el número de sus amigos más decididos é insospechables, y á la Causa Liberal por tenerlo en sus filas.

La historia política y militar de Paredes es corta, pero gloriosa, y la mano del tiempo lo señalará más tarde como uno de los hijos más eminentes de nuestra Patria.

Víctor V. Maldonado.

Junio 22 de 1899.

Caracas : 26 de junio de 1899.

Señor Comandante Víctor Vicente Maldonado.

Presente.

Muy estimado amigo :

Ayer tuve la satisfacción de leer en *El Monitor Liberal* del sábado, su artículo intitulado “ Campaña de Paredes en Carabobo y Zamora, etc., etc.” donde relata usted con el lenguaje claro y sencillo del soldado, los hechos que pretendió desfigurar en Valencia *Un Oficial Nacionalista*.

Ninguno mejor que usted podía apreciar en su justo valor esos hechos, puesto que siempre se encontró usted á mi lado durante los días en que tuvieron lugar; y sin contar su bondadosa deferencia hacia mí, se comprende que las malignas invenciones del aludido anonimista lo hayan sublevado, porque á ser verdad que yo hubiera sufrido derrotas, etc., etc., usted forzosamente habría hecho un triste papel.

Nuestro Jefe, el Benemérito General Ignacio Andrade, venció gallardamente esa revolución, y luego, confiado en su fuerza, con una magnanimidad de que no hay ejemplo en nuestra historia, no quiso castigar á sus enemigos

con el rigor á que tenía derecho, sino que devolvió á todos la libertad al estar el país pacificado, sin excluir ni al mismo General J. M. Hernández que la acaudillara. Este y sus partidarios, en lugar de mostrarse reconocidos y dedicarse á sus trabajos de propaganda con mesura, teniendo por norma el respeto al Gobierno que los ha puesto en capacidad de luchar, cegados sin duda por la ambición, se han imaginado que el General Andrade ha sido bondadoso porque es débil, y hacen uso de la prensa para tratar de desprestigiarlo y desprestigiar á sus más decididos servidores, sin advertir que si siguen en sus abusos lo pondrán en el caso de darles una lección que los convencerá en el acto del error en que están. La Constitución Nacional, de cuyos mandatos es el General Andrade el más riguroso observador, les garantiza la libertad para expresar sus pensamientos de palabras y por escrito dentro de ciertos límites; pero en ninguna manera los autoriza para faltar el respeto al Gobierno, como lo hizo el General Hernández en su disparatado Manifiesto del 20 de mayo pasado, con una audacia que raya en desvergüenza; ni para tratar de perturbar el orden público excitando los ánimos con publicaciones como las que hacen á diario, en que faltan á la verdad con desfachatez inaudita. Si creen que la impasibilidad del Gobierno ante tantos desacatos puede traducirse por debilidad, se han equivocado lastimosamente; llegará el día en que serán reprimidos con mano de hierro y tendrán que arrepentirse de los males

que están causando al país con la inoportuna exhibición de sus quijotescas pretensiones.

Agradezco mucho los elogios que usted me prodiga en su artículo; ellos son hijos de la amistad que usted me profesa; y cuando el público al leerlos los haya encontrado exagerados, se habrá dicho: "excusémoslo, porque es su amigo; Paredes no merece tanto, pero Maldonado cree sinceramente lo que dice: la amistad es ciega."

Al terminar, en el penúltimo párrafo de su artículo, se muestra usted algo cándido cuando manifiesta creer que mis enemigos no volverán á tratar de denigrarme. Sí lo harán, pero esto no debe darle cuidado; como el hombre de espada que al frente de su adversario lo siente poco hábil y se contenta con hacer saltar de sus manos en un quite el arma ofensiva, ó, cuando más, á darle una leve herida para indicarle el peligro de continuar en sus ataques, así he hecho con mis adversarios. Hasta ahora no les he inferido sino leves arañazos; pero si continúan atacándome es posible que resuelva irme á fondo y llegue á tocarlos en el corazón.

Esté usted seguro de que si algún día llego á merecer ser considerado como uno de los mejores hijos de Venezuela, según manifiesta creerlo usted en el último párrafo de su artículo, será porque mi amor á ella me llevará siempre á ofrendarlo todo en defensa de su honor y en persecución de su felicidad.

Soy su sincero amigo,

ANTONIO PAREDES.

LA PRENSA HERNANDISTA

usa la calumnia como arma de combate

—
DOCUMENTOS QUE ESCLARECEN LA VERDAD

—
ADVERTENCIA Á LOS CALUMNIADORES

—
Con motivo de nuestro artículo intitulado “La última campaña del General J. M. Hernández, escrita y comentada á vuela pluma,” inserto en *El Monitor Liberal* número 314, un periódico hernandista de esta ciudad publicó los dos sueltos de crónica que copiamos en seguida:

¡A PROPÓSITO DE CAÑONES!—Hay un militar smart tan valiente y liberal que dicen tomó cañones que pasaban las “paredes del castillo.”

Como él es joven podrá seguir siendo valiente.
Se lo recomendamos al Almirante Sampson.

INSTRUCCIÓN.—Hay militares que pueden enseñar al General Hernández á cojer cañones sin tirar un tiro, sólo que estas habilidades suelen conducir á presidio; sobre todo si luego se venden como botín.....de paz.

Los documentos que publicamos á continuación prueban que la venta del cañón á que se alude en los sueltos anteriores no nos afecta en nada; suplicamos al público se sirva leerlos:

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Guerra y Marina.—Dirección de Guerra y Marina.—Número 646.—Caracas: 4 de octubre de 1893.—83° y 35°

Ciudadano General Antonio Paredes.

Presente.

Acompaño á la presente nota, copia autorizada de la Resolución que con esta fecha se ha dictado por este Ministerio, por la cual el Jefe del Poder Ejecutivo de la República, se ha dignado disponer que se sobresea en el juicio seguido con motivo de la venta de un cañón de bronce perteneciente al Castillo Libertador; cuyo juicio comprendía á usted como Jefe de aquella Fortaleza.

Es motivo de satisfacción para este Ministerio, que haya quedado ilesa la reputación militar de usted, después de la minuciosa investigación hecha según las actas del expediente.

Dios y Federación.

(Firmado)—R. GUERRA.

Estados Unidos de Venezuela.—Ministerio de Guerra y Marina.—Dirección de Guerra.
Caracas: 4 de octubre de 1893.—83° y 35°

Resuelto:

Examinado en Gabinete el dictamen del Gran Consejo Militar respecto de la averiguación hecha de orden de este Ministerio sobre la venta de un cañón de bronce perteneciente á la

Fortaleza Castillo Libertador, el Jefe del Poder Ejecutivo de la República, haciendo uso de la facultad que le confiere el artículo 1.400 del Código Militar, se ha dignado disponer que se sobresea en el juicio seguido con motivo de la expresada venta, en virtud de estar comprobado por las actas del expediente, que no ha existido en el Castillo Libertador el cañón histórico á que se refiere el proceso, y que tampoco hay delito ni falta punible en el proceder del General Antonio Paredes, Jefe de la Fortaleza Castillo Libertador, cuya conducta si pudo adolecer de faltas en la tramitación, y considerarse por este hecho como imprevisiva, en nada afecta su honra como militar ni arroja responsabilidad que las leyes penales hagan efectiva.

Publíquese el expediente á que se refiere esta Resolución y trasmítase copia de ella al General Antonio Paredes por el Ministerio de Guerra y Marina para su satisfacción.

Por el Ejecutivo Nacional.

(Firmado)—R. GUERRA.

Informe de la Comisión que nombró de su seno el Gran Consejo Militar para el estudio de un expediente sobre la inquisición de la venta de un cañón de bronce perteneciente á la Fortaleza Castillo Libertador y que para su dictamen fue remitido al Gran Consejo por el Ministro de Guerra y Marina.

“Ciudadano Presidente y Vocales del Gran Consejo Militar de la República.

“En sesión del 7 de agosto último, el Gran Consejo Militar, del cual somos miembros, nos comisionó para el estudio é informe de un ex-

pediente sobre la inquisición y venta de un cañón de bronce perteneciente á la Fortaleza Castillo Libertador, y que para su dictamen fue remitido al Gran Consejo por el Ministro de Guerra y Marina junto con nota de 19 de julio anterior.

“Cumpliendo nuestro cometido y después de un serio, detenido y minucioso examen de los hechos, formulamos este nuestro informe que presentamos al Gran Consejo para su deliberación y dictamen.

“Examinado el expediente y tomados desde luego los demás datos que creímos indispensables para esclarecer asunto tan grave,

Resulta:

“1º Que siendo Comandante del Castillo Libertador el General Antonio Paredes, en el mes de noviembre último, pidió autorización al Jefe del Poder Ejecutivo para vender un cañón de cobre inútil que existía en dicha Fortaleza, é invertir su valor en mobiliario para la sala de la Comandancia, (folio 22).

“2º No recibió del Jefe del Poder Ejecutivo la autorización pedida, sino sólo que si había comprador, éste debiera entenderse con el Gobierno Nacional, (folio 10).

“3º Con posterioridad á esto, avisó al Gobierno quién era y dónde estaba el comprador, (folio 23).

“4º Luego el General Paredes, aprovechando la venida á Caracas del Jefe de la Artillería del Castillo, le comisionó verbalmente para obtener del Gobierno la autorización pen-

diente, y dicho Jefe, á su regreso, y también en forma verbal, le comunicó á Paredes la orden de venta, (corren estas declaraciones folios 3 al 8, 15, 32 y 33).

“5º Paredes procedió á la venta de la pieza dicha, haciendo su embarque públicamente para Curazao, donde creyó obtener mejor precio; y de allí fue remitido por la casa comisionista ó encargada de la venta, á Amsterdam, donde según nota del cónsul de Curazao (folio 38) fue fundido.

“6º Ya para esa fecha no era el General Paredes Jefe de la Fortaleza, habiéndole reemplazado en este mando el General Mariano Izquierdo, [folio 17].”

Al pie de los párrafos copiados anteriormente, sigue la parte del informe donde la comisión del Gran Consejo Militar, formada por los Generales V. Pulgar, M. Vegas, E. Ybarra Herrera y Francisco Díaz Grafe, y encargada del estudio del asunto, declara que nunca ha existido en Venezuela el cañón histórico de que se trata y según dice, hace esto, después de haber practicado minuciosas investigaciones en los archivos de la Real Academia, de la Capitanía General, la Biblioteca Nacional, y Memorias de Guerra y apoyada además en los informes de las siguientes personas que fueron consultadas por ser de notoria competencia en Historia Patria: Doctor Aníbal Dominici, Doctor Marco A. Saluzzo, señor J. A. Segrestáa, Doctor Vicente Amengual, General Manuel Landaeta Rosales, Doctor Arístides Rojas y

todos los miembros de la Academia Nacional de la Historia.

Caracas: 12 de junio de 1899.

Señor Guillermo Prince.

Puerto Cabello.

Señor mío :

Usted sabe que con motivo de la venta del cañón de bronce inutilizado, de que encargué á usted el 92, cuando yo era Jefe del Castillo Libertador, mis enemigos me calumniaron, asegurando que el referido cañón era de un gran valor histórico y que yo lo había vendido por una fuerte suma.

Usted sabe que en la citada calumnia tuvo origen mi rompimiento con el General Crespo, porque éste, que era entonces Presidente de la República y sabía que yo era enteramente inocente de la falta que se me imputaba, permitió que se me sospechara por no declarar al saber lo que se decía, que él me había ordenado vender el citado cañón.

Usted sabe que por consecuencia de mi rompimiento con Crespo, tuve que expatriarme por cuatro años, y debe suponer los grandes perjuicios que recibí en mis intereses durante ese tiempo.

Y por último, á usted le consta que cuando entregué el mando del Castillo al General Mariano Izquierdo en abril de 93, usted no me había presentado cuentas de la venta del cañón;

y que yo pasé á usted una nota ordenándole lo hiciera al referido General Izquierdo, para que éste á su vez entregara cuentas al Gobierno. (Así decía la nota).

Sírvase decirme al pie de esta carta á quién vendió usted el cañón, por cuánto y qué aplicación dió usted al dinero de la venta.

Si no me contesta usted inmediatamente de un modo verídico, las anteriores preguntas, procederé á demandar á usted ante los Tribunales de Justicia por haber contribuido á que se me calumniara; y no descansaré hasta que quede en claro la verdad y haya sufrido usted tantos perjuicios en sus intereses como los que yo he sufrido por esa calumnia infame.

(Firmado)—ANTONIO PAREDES.

Con fecha 19 nos contestó Prince en carta certificada, donde después de una disertación que no reproducimos por no ser pertinente al esclarecimiento del asunto, dice textualmente: “Lo que sí sé y me consta es que el cañón de que se trata no ha sido vendido por una fuerte suma, sino al contrario se vendió como bronce viejo, produciendo su venta solamente una suma muy pequeña; sólo recuerdo que el montante no alcanzó á doscientos pesos sencillos, pero fácil es averiguarlo por el señor J. J. Pieterz de Curazao, quien lo compró.

“Extraño por demás es para mí que usted asevere que me consta lo que contiene el cuarto párrafo de su carta, es decir, que me orde-

nara usted entregar la cuenta-venta del cañón al General Izquierdo cuando usted hizo entrega de dicha Fortaleza al referido General, para que éste á su vez entregara cuentas al Gobierno, porque yo no he tenido otra ingerencia en este asunto que preguntar al señor J. J. Pieterz de Curazao á cómo pagaba bronce viejo, que comuniqué este precio á usted y embarqué entonces por su orden el cañón en la goleta *Henriqueta Victoria* y lo hice entregar en Curazao al señor Pieterz, junto con una carta avisándole el envío del cañón y la aceptación de parte de usted del precio ofrecido por él; pero la cuenta-venta del cañón y cuentas de todas las operaciones subsiguientes debía darle el mencionado señor y por tanto ninguna cuenta podía presentar á usted, ni le presenté, porque no había razón para ésto, pues fuera de lo mencionado no he tenido parte, ni ingerencia en el asunto. Es posible que usted me haya pasado una nota como dice, pero no recuerdo esta circunstancia, de suerte que no puedo afirmarlo, ni negarlo.

“Han trascurrido seis años y recuerdo se invirtió el producto del cañón en la compra de un bote para el Castillo, que hice venir á Puerto Cabello y que recibió usted; además se hizo un piso de cemento y se compraron muebles para la Comandancia del Castillo.

“Debo observarle que es muy fácil aclarar todos los pormenores de una manera clara y concluyente con el señor Pieterz en Curazao, quien puede decir mejor que yo el precio del cañón que él compró, el modo como hizo el pago y todos los otros puntos y circunstancias que se relacionan con este asunto.

“No me parece demás advertir á usted que ni el trabajo personal que hice para el embarque del cañón por exigencia que á nombre de usted me hizo el General Picardy, ni el flete que correspondía á la goleta *Henriqueta Victoria*, me han sido satisfechos.

“Deseo que estas explicaciones que á usted doy por exceso de generosidad puedan servirle de algo.

(Firmado.)—*Guillermo Prince.*”

Curazao: 6 de noviembre de 1894.

Señor J. J. Fieterz.

Presente.

Muy señor mío:

Deseo aprovechar mi venida á esta isla para esclarecer un asunto de grandísima importancia para mí. Se trata de un cañón de bronce inutilizado que siendo yo Jefe del Castillo Libertador en noviembre de 1892, encargué al señor Guillermo Prince vendiera en esta ciudad ó donde obtuviera mejor precio.

Enemigos innobles, ocultos detrás del anónimo, publicaron en ese tiempo con el objeto de desacreditarme, que el referido cañón *era histórico*, y que *yo lo había vendido* en Europa por una suma considerable, dejando entender además que me había apropiado la referida suma.

Hecha una minuciosa investigación por el Gran Consejo Militar de Venezuela, quedó pro-

bado que aquello era una invención inícuca; pero hay un punto esencial que á mi juicio no quedó bien esclarecido, porque en el extenso informe del Consejo no se habla de él. Me refiero al precio en que fue vendido el cañón y en poder de quien quedó definitivamente el dinero que produjo, pues Prince, que fue á quien yo encargué de la venta, mintió villanamente al declarar que él no había hecho sino trasladar el cañón á esta isla.

Mis enemigos pueden alguna vez tratar de remover ese asunto; y como estoy impuesto de que usted tuvo ingerencia en la mencionada venta, me permito suplicarle que para mi resguardo, conteste las siguientes preguntas con la honradez que le caracteriza:

1º Si antes de esta fecha ha tenido usted algún trato conmigo verbalmente ó por escrito, y

2º ¿Quién vendió á usted el cañón y cuánto pagó usted por él? pues como yo he tenido el honor de decirle, ignoro en poder de quién quedó el dinero porque el informe del Consejo Militar no lo dice.

Soy de usted atto. servidor.

(Firmado.)—ANTONIO PAREDES.

Curazao: 6 de noviembre de 1894.

Señor General Antonio Paredes.

Presente.

Muy señor mío: Impuesto del contenido de su atenta de esta fecha referente á un cañón

de bronce que á fines de 1892 me envió el señor Guillermo Prince para su venta en ésta, paso á decir á usted que jamás he tenido el gusto de ver ni tratar con usted sobre este negocio, sino directamente con el señor Guillermo Prince, á quien he abonado el producto del referido cañón que fue vendido en Amsterdam por f. 477, cuatrocientos setentisiete florines (\$ 238,50).

Así espero quedan contestadas las preguntas de usted.

Repitiendo á usted el ofrecimiento de mis servicios, queda á su disposición,

Su atto. s. s.,

(Firmado.)—*J. J. Fieterz.*

Como se vé, desde noviembre del 94, previendo nosotros que nuestros enemigos en primera oportunidad volverían á hacer uso de ese asunto como arma de ataque, quisimos resguardarnos y obtuvimos la carta que precede para poder defendernos mejor.

La carta de Prince, escrita el 19 del actual, está en contradicción con élla; pero nos ocurre preguntar: ¿Cuál de las dos personas que escriben es más digna de crédito? La una es uno de los comerciantes más respetables de Curazao, que no tiene ningún interés en mentir; la otra un individuo extranjero y desconocido que reside en Puerto Cabello y que está directamente interesado en hacer que se le crea inculpable. Además, la misma carta de Prin-

ce nos proporciona los medios de probar que no dice verdad sobre el asunto principal, porque á fuerza de querer probar lo contrario, al tratar de detalles secundarios, asienta varias especies inexactas.

Dice que el montante de la venta del cañón *no alcanzó á doscientos pesos sencillos*, y Pieterz afirma que le pagó por él [\$ 238,50], doscientos treintiocho y medio pesos.

Dice que *no recuerda* haber recibido nuestra nota en que le ordenábamos entregara las cuentas del cañón al Jefe que nos había reemplazado en el mando de la Fortaleza, y casualmente en la misma Fortaleza está hoy como segundo Jefe, el Coronel Miguel Carabaño, quien era Ayudante nuestro el 92, y escribió y remitió con un asistente la nota en cuestión, cuya copia debe encontrarse en el libro que se usaba en ese tiempo para dejar constancia de la correspondencia oficial.

Dice que *RECUERDA que el valor del cañón se invirtió en la compra de un bote para el Castillo*, y que además *se hizo un piso de cemento en la Comandancia y se compraron muebles para la misma*. El bote á que se refiere no costó sino [\$ 60], sesenta pesos, para reunir los cuales, se hizo un bolso entre el que suscribe, el primer Jefe de la fuerza, General Ramón Ojeda A., el segundo Jefe de la misma, Coronel Rafael Pellicer y el Coronel Carabaño, quien por ese tiempo era Comandante. Aún suponiendo que no se le hubiera entregado el valor del bote á Prince, cosa de que no podemos dar constancia por no haber encontrado ningún recibo

por ese valor en nuestros papeles, aún suponiendo eso, repetimos, Prince ha debido entregaral General Izquierdo el resto de los doscientos treinta y ocho y medio pesos en que se vendió el cañón.

Y respecto de los *pisos de cemento* que dice, se hicieron en la Comandancia y los muebles que se compraron con parte del valor del cañón, incurre igualmente en inexactitudes, pues los primeros los costeó el que suscribe, como pueden atestiguarlo los dos que sobreviven de los Jefes mencionados, con unos pocos bolívares que quedaron diariamente por espacio de tres meses, debido á que los 300 hombres asignados á la guarnición no se nos entregaron completos y así permanecieron durante esos tres meses; y los *muebles que se compraron* lo hicieron el que suscribe y cada uno de los Jefes citados, según las necesidades que de ellos tuvimos, costeándolos de nuestro propio peculio, como lo pueden atestiguar los mismos Jefes.

Queda, pues, probado que Prince ha mentido y que se apropió el valor del cañón; y por todos los documentos copiados arriba, queda igualmente probado que nosotros hemos sido víctima de una calunnia atroz.

Antes de terminar queremos que conste que nosotros *no podemos* ni hemos pretendido enseñar al General J. M. Hernández á *cojer cañones sin tirar un tiro*, como lo afirma el autor del segundo de los sueltos que copiamos al principio; nosotros lo que hemos hecho es demostrar que el General Hernández ignora hasta las más elementales nociones del arte de la

guerra, y que la campaña de que sus partidarios se muestran tan admirados, no fue sino una serie de disparates que lo exhibieron como General de muy pobre intelecto.

Advertimos, además, á los periodistas conservadores que se entretienen escribiendo sueltos en que, sin atreverse á nombrarnos, hacen alusiones calumniosas contra nosotros, que cuando vuelvan á hacerlo en esa forma, sabremos descubrirlos y les mandaremos dar unos látigos con uno de nuestros asistentes; y que cuando se resuelvan á escribir nuestro nombre, procederemos contra ellos por los tribunales para hacerlos llevar á presidio y que allí puedan aprender mejor á atentar contra nuestra reputación.

Caracas: junio 22 de 1899.

ANTONIO PAREDES.

UN PRESTIGIO QUE SE VA

I

Cuando un hombre de méritos reales que aspira á regir los destinos de un país, encuentra ocasión de exhibirse y llega á alcanzar prestigio, creemos que lejos de eludir las miradas del público por temor al análisis, debe presentarse á provocar éste, para que sean conocidas todas aquellas cualidades que no pueden apreciarse á primera vista y se destaque mejor su personalidad. Un hombre así gana en popularidad mientras más atentamente se le examina.

Pero cuando el prestigio se adquiere por que un núcleo de ciudadanos equivocadamente se fija en uno de esos aventureros sin mérito, ni otros títulos que una loca ambición, que á favor de circunstancias excepcionales acierta en un momento á obrar de acuerdo con las opiniones de ese núcleo, entonces ese prestigio se derrumba tan luego como la normalidad se restablece, porque todas las deficiencias del hombre aparecen desnudas y los que se habían engañado pueden apreciarlo en su verdadero valor.

Tal acontece al General José Manuel Hernández. A favor de los desaciertos de la Administración que presidió el General Crespo, que enagenaron á éste muchas voluntades, logró hacerse centro de un grupo considerable de la oposición, y cuando aquel General entregó el Poder al General Andrade, se lanzó á la guerra arrastrando todas las simpatías que se habían

alejado del Jefe que acababa de resignar el mando. Sus grandes desaciertos militares y el poder de la opinión, que volvió al lado del General Andrade tan luego como murió el General Crespo, hicieron fracasar la revolución que acaudilló; y cuando después de cortos meses de prisión, le fue devuelta la libertad y volvió á ponerse al frente de los que seguían pensando en él como centro de la oposición, empezó á notarse en muchos de éstos un desencanto próximo al desaliento.

Poco más de dos meses cuenta la propaganda que inició el General Hernández al regresar á Caracas, y ya hemos oído decir á muchos de sus partidarios que “esa propaganda es extemporánea, que debía irse del país ó hacerse meter á la cárcel porque todos los días pierde prestigio;” otros deploran que el Gobierno le haya devuelto la libertad, y dicen con la mayor tranquilidad que “habrían opinado porque se le mantuviera preso, porque así, en lugar de perder popularidad, como le está pasando hoy, habría aparecido como un mártir y crecido en la opinión.”

Es muy extraño ese modo de raciocinar. Tales manifestaciones envuelven otras tantas ofensas al hombre que reconocen como Jefe, y dejan ver también que no proceden de buena fe para con el pueblo que desean arrastrar en el camino que han tomado. Porque una de dos: ó él General Hernández posee cualidades que lo harán crecer en el concepto público á medida que se le conozca mejor, y en este caso deben propender á que se le vea de cerca y se le analice; ó es un hombre deficiente, incapaz de

guiar al país por la buena senda, si llegara al Poder, y en este caso deben propender también á que se le conozca á fondo, para que aquellos que lo reconocen como Jefe porque no han podido observar esas deficiencias, no estén expuestos á recibir decepciones más tarde y puedan fijarse en alguien que satisfaga plenamente sus aspiraciones.

¿Por qué quieren engañar al pueblo?
 ¿Por qué no confiesan, si así lo sienten, que el General Hernández carece de las dotes que se requieren en un hombre que aspira á ocupar la primera Magistratura de la Nación? ¿Por qué no se lo dicen con franqueza y se le separan?
 ¿Será que esperan que el pueblo engañado tratará de llevarlo á la Casa Amarilla, y no les importa que, si lo consigue, tenga que arrepentirse de su obra cuando ya no haya remedio?

Ese modo de proceder no es leal, ni para con el General Hernández, ni para con el resto de sus copartidarios, ni para con el pueblo que tratan de seducir; y el Jefe del Gobierno tiene bastante penetración para comprender que no debe secundarlos en esos propósitos. Pueden estar seguros de que el General Hernández conservará su libertad mientras no incurra en faltas que ameriten castigo, porque á más de ser esto lo justo, el Jefe del Gobierno sabe que ese prestigio que nació y creció á favor de circunstancias excepcionales, se va gastando de manera visible á medida que se conocen mejor la personalidad que había sido favorecida y los propósitos que abriga, y que del mencionado prestigio, al paso que lleva, dentro de algunos meses no quedará sino el recuerdo. El Gobier-

no sabe que los que se habían hecho ilusiones están palpando la realidad; sabe que es un prestigio que se vá!

Caracas: 25 de julio de 1899.

II

Cuando en una Nación escala el Poder uno de esos hombres sin principios en quienes predominan las pasiones innobles, que parecen carecer de discernimiento para distinguir el bien del mal, y sólo emplean su energía para perseverar en el error y para desafiar la ira de los pueblos, cuando éstos, ya cansados de sufrir, dan señales de querer sacudir el yugo opresor; uno de esos hombres que se burlan de las miserias de sus cónciudadanos, y hasta parece que se complacen en atraer la ruina y el descrédito sobre su patria, cuando esto sucede, decimos, la ciudadanía desesperada busca un hombre que pueda redimirla, se pone solícita á su lado, corre entusiasta á los peligros; y si ha tenido la fortuna de fijarse en un patriota que sepa dirigirla, se abre paso y vence, y al restablecerse la paz, vuelve á encontrar la prosperidad que había perdido.

Mas cuando la ciudadanía, por un error de apreciación, quiere hacerse conducir por un hombre que no está á la altura de la misión que se le confía; cuando sucede como en Venezuela durante los últimos días de la Administración que presidió el General Crespo, que es la minoría quien toma la iniciativa en la elección del Jefe, y el mayor número, dudando de la capacidad del elegido, se abstiene de ir á la lucha; cuando, como sucedió igualmente entre

nosotros, en los primeros momentos de la lucha emprendida por la minoría, el país alborozado vió desaparecer al hombre que lo había oprimido, y que quedaba en el Poder, sin ninguna especie de reatos, otro que se había hecho conocer como amante del bien y decía estar decidido á practicarlo, entonces acontece, que la mayoría de los ciudadanos observa una prudente neutralidad, ó se pone al lado del nuevo Jefe del Gobierno, como pudimos verlo aquí, y como igualmente pudimos observarlo, la fracción que inconsultamente se ha lanzado con el conductor inexperto, al verse aislada, se entrega al desaliento y sucumbe. Los pueblos con su buen sentido le niegan su apoyo á esas aventuras de éxito dudoso que los exponen á encumbrar hombres desprovistos de las condiciones que se requieren en los que están llamados á labrar el bienestar común; y aún los pocos ciudadanos que, sin tomarse el trabajo de estudiar á los que eligen como centro para tratar de alcanzar el logro de sus aspiraciones, llega un momento en que abren los ojos y abandonan juiciosamente un camino que no puede conducirlos sino á la decepción.

Por las razones antes apuntadas, el actual Jefe del Gobierno venció la Revolución que acaudilló el General José Manuel Hernández, y por las mismas causas, cuando éste, al devolversele la libertad después de pocos meses de reclusión, trata de reorganizar sus viejos partidarios con intención de seguir persiguiendo el Poder, encuentra á muchos de ellos desanimados; ya no lo creen capaz de dirigirlos bien; se han convencido de que con él no pue-

den alcanzar lo que desean, porque no sabe desenvolverse cuando surgen dificultades; y saben también que si se lanza de nuevo á la guerra el Gobierno tiene Jefes que lo vencerán irremisiblemente. Por eso ya han empezado á separársele varios de los más connotados y otros dicen que debía ocultarse á las miradas del público si quiere conservar alguna popularidad! . . . Ven que se gasta diariamente y esto los tiene desconcertados. Preveen que pronto habrá quedado sólo, y poseídos de mortal desencanto exclaman: "estamos perdidos! . . . ya no hay duda de que este es un prestigio que se va!"

Caracas: 30 de julio de 1899.

III

Cuando el General Andrade se encargó del Poder, encontró que la deuda de la Nación había crecido desmedidamente durante la Administración anterior; no halló un sólo centavo en la Tesorería; las Rentas habían disminuido casi á la mitad á causa de la exigüidad de la última cosecha de café y de la baja del precio de este fruto, que, como es generalmente sabido, ha afectado directa ó indirectamente todas nuestras industrias; y cuando parecía que el nuevo Jefe del Gobierno no tendría ni con qué pagar el Presupuesto; cuando parecía árdua la tarea de gobernar un país en aquel estado de miseria, se vió estallar una revolución que había sido engendrada por los errores del Jefe que hasta entonces había presidido el país, según lo demostramos en nuestros dos últimos artículos, y se vió al General Andrade vencerla

sin recurrir á ninguna especie de violencias ni apelar á los extremos á que habían apelado otros de nuestros mandatarios en casos menos graves.

Cuando el país empezaba á reponerse de los quebrantos ocasionados por aquella guerra, vimos que un mal ciudadano traicionando la confianza que el General Andrade había depositado en él, la encendió de nuevo, aguijado por la ambición, y que, cuando se vió perdido, huyó como un miserable á ocultar su vergüenza en suelo extraño.

Todavía no hace dos meses que otro ambicioso, sin tener tampoco una sola razón que justificara su proceder, se lanzó en armas contra el Gobierno, y á la llegada de la fuerzas constitucionales al lejano teatro de la guerra, se le ha visto replegar acobardado; se ha visto que las hordas que lo seguían sólo comparables por su indisciplina y crueldad á las de Boves, han empezado á dispersarse; y pronto se verá también que el Gobierno someterá á aquel mal hijo de Venezuela, ó que éste tendrá que apelar á la fuga para librarse del castigo que ha merecido.

En medio de tantos contratiempos el General Andrade no ha perdido un momento su serenidad y ha seguido el camino que su inteligencia y patriotismo le han señalado como el mejor para librar á Venezuela de la ruina en que parecen estar empeñados en sumirla los ambiciosos que le disputan el Poder. No ha contratado empréstitos; no ha hecho contratos onerosos á la Nación; ha pagado religiosamente el Presupuesto á pesar de los enormes gas-

tos ocasionados por la guerra y de la exigüedad del producto de las Rentas; ha dictado medidas políticas de alta trascendencia que los pueblos reclamaban; y haciendo gala de una magnanimidad no acostumbrada antes por ninguno de nuestros mandatarios, devolvió la libertad al General José Manuel Hernández y á todos los que habían colaborado en la Revolución que éste acaudilló, sin hacerlos sufrir el castigo á que se habían hecho acreedores.

Hernández, sin cuidarse de que el país necesita de calma para restablecerse de los hondos quebrantos ocasionados por él y los otros ambiciosos que después han movido guerra, inició inmediatamente una propaganda con el sólo objeto de crearse aura y obstaculizar la marcha del Gobierno; no comprende que la ciudadanía ansía vivir tranquila para recuperar por medio del trabajo, el bienestar que le han arrebatado las revoluciones, ni ve que aquella ya no cree en sus ofrecimientos ni en los de los otros majaderos que tratan de engañarla para que les sirva de escalón.

Como él, desde que la idea de presidir la República se apoderó de su débil entendimiento, no ha vuelto á trabajar, y ha aceptado sin rubor que lo sostengan con dádivas los ilusos que aspiran á medrar á su lado si llegara á alcanzar el Poder, cree que los demás deben abandonar las labores en que ganan honradamente lo necesario para la vida, y venir á formarle séquito; cree que debían venir á llevarlo en triunfo á ocupar un puésto que su misma conciencia le dice que no podría desempeñar.

Pero la ciudadanía, que ve al frente del

Poder á un ciudadano inteligente que sólo ambiciona salvar á su Patria de los conflictos que le han creado los caudillejos que la han mantenido en perpetua guerra, y que ese ciudadano solo necesita de paz para desarrollar el plan de Administración que se ha trazado y encaminar el país por la vía del progreso, la ciudadanía, decimos, se ríe de las ridículas pretensiones de Hernández y se niega abiertamente á cooperar á la realización de sus planes.

Por eso, cuando los que han venido gastando su tiempo y su dinero en esa propaganda antipatriótica, ven que todos los días se disminuye el grupo hernandista, se dicen al oído: “dejemos la política, volvamos al trabajo, ya no tenemos nada que esperar porque no hay duda de que este es un prestigio que se va!”

Caracas: 1º de agosto de 1899.

IV

Cuando en los países sobrevienen accidentes como la repentina disminución de los productos que constituyen su principal fuente de riqueza, y la depreciación de esos productos, al punto de no cubrir los gastos que ocasionan para poder ser ofrecidos al consumo, las clases menos ilustradas, incapaces de apreciar las causas que producen el malestar que también sobreviene como resultado natural de aquellos accidentes, tienen cierta tendencia á culpar á los gobiernos de ese malestar, y casi siempre creen de buena fe, que con el sólo hecho de colocar á otros hombres al frente de la Administración, pueden hacer cesar todos los males y conseguir el bienestar que echan de menos.

Los especuladores políticos, que no tienen reparo en aumentar la miseria pública, con tal de alcanzar sus fines particulares, se lanzan entonces á la arena, y por todos los medios procuran atraer sobre ellos la atención de la ciudadanía; tratan de afirmarla en la idea de que todos los males se deben al Gobierno; comentan desfavorablemente los actos de éste; hablan de derechos violados, de nuevas instituciones que harán más efectiva la libertad; se ofrecen como salvadores siempre llenos de desinterés y abnegación, y muchas veces hasta intentan hacerse aparecer como víctimas de sus ideas patrióticas.

Los hombres honrados de las clases poco ilustradas de la sociedad, que, por lo mismo que son honrados, son incapaces de desconfiar de las intenciones de esos falsos adalides del derecho, prestan oído atento á sus prédicas, y muchas veces se entusiasman; los badulaques que aspiran á enriquecerse en la política ó á vivir de la hacienda pública sin trabajar, aunque casi siempre pueden profundizar y descubrir los propósitos de esos agitadores, manifiestan creer en sus promesas, se incorporan al movimiento, y se hacen sus más fogosos propagadores; el sexo débil, inclinado siempre á favorecer con sus simpatías á todo el que se muestra noble y valiente; pero que generalmente por la misma bondad ó inocencia que lo caracteriza, no trata de penetrar las miras que pueden tener los que se ostentan en la lucha como defensores de la buena causa, sino que cree, sin discutir las, en las virtudes que esos taimados dejan aparecer á su vista, se apasiona de

ellos, los anima á seguir, y les forma un coro de alabanzas capaz de hacer creer á los mismos promotores del desorden que están procediendo honradamente. Llega un momento en que parece que esos saltimbanquis de la política han logrado engañar á la mayoría de la sociedad y gozan de un prestigio verdadero; pero también llega un momento en que ésta abre los ojos y al apercibirse de que han querido burlarla, empieza á hacerles el vacío y los señala como réprobos.

Hé aquí lo que sucede al General José Manuel Hernández y á los que sostienen su propaganda; al principio lograron atraerse las simpatías de un núcleo considerable con sus falaces ofrecimientos; lo indujeron á afirmarse en la creencia de que la pobreza del país se debe al Gobierno y le ocultaron las verdaderas causas que la han producido, que son: los derroches de la Administración anterior, la disminución de las cosechas de café, la baja del precio de este fruto en los mercados europeos, las guerras que ellos mismos han promovido, y los grandes gastos que ocasionó aquella epidemia que llevó el dolor y el luto á multitud de hogares.

Una parte de la ciudadanía los creyó un momento y llegó á desear encumbrarlos para que pusieran en práctica las teorías que, según ellos, debían hacer desaparecer el malestar, y llevar la riqueza y la felicidad á todas partes; pero repuesta de la primera impresión, se dió á estudiar las verdaderas causas en que tuvo su origen la pobreza actual, y como encontró que ellos no son los menos culpables por la agita-

ción en que han traído al país, se decidió á volverles la espalda. Comparó luego la ciudadanía al actual Jefe del Gobierno con Hernández, que se ofrece como salvador, y de la comparación vió salir á éste mal librado: el uno, descendiente de los libertadores de Venezuela, hombre de elevada educación, de clara inteligencia, magnábimo por temperamento, y deseoso de cooperar al bienestar de sus conciudadanos; el otro, un desconocido, de escasa educación, de inteligencia limitada, incapaz de dirigir bien la nave del Estado, porque, si alcanzara el poder, estaría expuesto á ser juguete de las pasiones de los que lo rodean.

Por eso, cuando los que han venido gastando su tiempo y su dinero en esa propaganda antipatriótica, ven que todos los días se disminuye el grupo hernandista, se dicen al oído: “Dejemos la política, resignémonos á perder lo que ya hemos gastado, tratemos de recuperarlo por medio del trabajo, y no nos empeñemos en seguir un camino en que podemos arruinarnos, pues nadie duda de que éste es un prestigio que se va.”

Caracas: 3 de agosto de 1899.

V

Si los hombres de poco vigor intelectual á quienes se le aloja en el cerebro la idea de elevarse por sobre todos sus conciudadanos, fueran susceptibles de recuperar, siquiera por instantes, el juicio que aquella idea hace huir, y pudieran comprender que para obtener ese resultado se necesitan cualidades verdaderamente superiores, el General José Manuel Hernán-

dez debería aprovechar uno de esos momentos lúcidos para renunciar por siempre á esa idea y evitarse los disgustos y decepciones que le aguardan en un porvenir no lejano. Armado de los instrumentos con que honradamente ganaba lo necesario para satisfacer sus modestas necesidades, antes que aquella idea descabellada viniera á perturbarlo, volvería á encontrar el reposo y la tranquilidad que proporciona al hombre el cumplimiento del deber, y tornaría á ser un ciudadano útil.

Ya hemos probado en nuestros artículos anteriores que Hernández en otro tiempo adquirió cierta popularidad á favor de circunstancias que han desaparecido; que esa popularidad empezó á desvanecerse tan luego como los que han pensado hacer de él un instrumento para realizar sus fines particulares, han visto que carece de dotes para luchar con éxito; hemos probado que la ciudadanía laboriosa condena á esos traficantes políticos que tratan de engañarla para hacerla servir á sus propios intereses, y que le roban la calma que necesita para recuperar en el trabajo el bienestar que le arrebataron las revoluciones por ellos mismos promovidas; hemos probado que la gran mayoría de los venezolanos, persuadida de que las cualidades del actual Jefe del Gobierno no se reúnen ni en Hernández ni en ninguno de los que lo imitan ó secundan, está resuelta á apoyar decididamente á aquél contra éste y contra todos los agitadores; hemos probado que el país se ha apercebido ya de que la incapacidad intelectual de Hernández lo inhabilita para gobernarnos, y que aleccionada la ciudadanía por lo

que presenció en la Administración del General Crespo, no quiere elevar más hombres de esa clase, porque ha visto que son funestos al País, sino á ciudadanos inteligentes é ilustrados que puedan darse exacta cuenta de los deberes inherentes á la alta misión que se les confía, á fin de que puedan dirigir con acierto y con brillo los negocios del Estado y nos eviten sonrojos y humillaciones ante propios y extraños; y antes de ahora habíamos demostrado que Hern ández es también una nulidad en asuntos de guerra, porque ignora completamente los principios del arte; cándidamente cree que con reunir una montonera y salir á correr por montes y caminos ha hecho todo lo que puede exigirse á un militar; cree que con tan raro sistema de guerra puede vencer á alguien, y no comprende que su torpeza é ignorancia lo tienen condenado á ser vencido todas las veces que vuelva á sublevarse. La guerra no se aprende; se nace militar como se nace poeta; y al que Dios no dota con facultades especiales, en vano recurrirá á los libros, porque éstos no harán sino aumentar la confusión en sus ideas. “El libro puede fijar principios fundamentales y aún dar la descripción de casos en que hayan sido aplicados racionalmente por hombres de acción distinguidos; pero no puede enseñar á nadie la aplicación;” puede fijar ideas que ya existan en nuestro cerebro, mas no puede crear esas ideas, y el que trate de apropiárselas, como no podrá apreciar bien las circunstancias en que haya de aplicarlas, estará siempre expuesto á incurrir en grandes desaciertos.

¿ Por qué aberración, penetró en el estre

cho cerebro de Hernández la idea de dominar en Venezuela y por qué ha encontrado quienes lo animen en ese descabellado propósito, en vez de persuadirlo de que jamás podrá alcanzar ese objetivo, que á todas luces es superior á su capacidad y á sus medios? ¿Será que en Venezuela faltan hombres idóneos para dirigir sus destinos? ¿Será que hemos perdido el criterio hasta el punto de que se pretenda colocar á las nulidades en una posición que sólo debe reservarse para los hijos distinguidos de la Patria? . . . No debemos creerlo, porque tenemos pruebas de que la ciudadanía casi unánimemente rechaza las pretensiones de ese círculo que aspira á humillarnos, y de que entre los mismos que se habían lanzado como heraldos de esa secta, ya cunde el desaliento.

Los que aún se empeñan en hacer creer que Hernández es un militar notable y posee grandes condiciones de estadista, por más que gritan no logran convencer á nadie; y cuando oyen que los otros se ríen de sus afirmaciones, como ellos tampoco creen lo que predicán, se ven las caras y se preguntan: “¿Qué haremos? Y agregan: la gente no quiere dejarse convencer, nuestra voz se pierde en el vacío y los mismos de la secta se desbandan desesperados de alcanzar el trinnfo; vamos á ver á Hernández y á decirle que busque algún oficio, que nosotros también nos retiramos, porque ni á él mismo, por más loco que esté, puede ocultársele que el suyo es un prestigio que se va!”

Caracas : 6 de agosto de 1899.

ANTONIO PAREDES.

ULTIMA HORA

Ya para entrar en prensa el último pliego del presente folleto, nos llegó la noticia de haber sido reducidos á prisión el General José Manuel Hernández y muchos de los que secundaban sus propósitos. Inmediatamente fuimos á ver al Presidente de la República, y éste nos manifestó que aquellos señores lo habían puesto en el caso de reprimirlos, porque en distintos puntos del país se les ha cogido correspondencia en que se revela que estaban haciendo preparativos de guerra.

No ha pasado un día desde que Hernández inició su propaganda, sin que él y los que escribían en *El Liberal Nacionalista*, que ellos mismos designaban como *órgano oficial del partido*, protestaran que estaban por la paz, y que sólo aspiraban á luchar en el terreno cívico. Hernández había dicho en su quijotesco Manifiesto de 20 de mayo, que su partido lo constituían las *nuere décimas* partes de los venezolanos, y *El Liberal Nacionalista* diariamente ha repetido en distintas formas la misma ridícula especie, para hacer creer al Gobierno que estaban seguros del triunfo, y que no pensaban valerse de otros medios que los que la Constitución les garantiza.

Al mismo tiempo que trataban de adormecer al Gobierno con sus continuas protestas de paz, habían estado preparándose para la guerra y pensaban lanzarse á ella próximamente. Sabían que lo de las *nuere décimas* había sido una baladronada muy propia del Quijote que habían reconocido, por Jefe, y como se sentían cada vez más aislados, en su desesperación imaginaron que á favor del movimiento de Los Andes, que aún no ha sido enteramente debelado, podrían lanzar de nuevo al loco á "dar carreras por montes y caminos," acá en el centro, y producir un conflicto que diera por resultado la caída del Gobierno. ¡Si parece que todos se habían contagiado de locura! Ni la palabra empeñada al General Andrade, ni los males que iban á causar al país los detenían: querían ir al Poder y todos los medios les parecían buenos, inclusive la traición. ¡Cuánto cinismo y cuánta torpeza en ese modo de proceder! ¡Y esos eran los mismos que decían diariamente que pensaban regenerar la Patria!..... Habrá quién pueda seguir creyendo en la honradez de unos hombres que posponen á su ambición hasta la ruina de esa misma Patria que decían querer regenerar?..... Preciso es que haya perdido toda noción de dignidad quien ante la evidencia de los hechos no se rinda y conserve alguna estimación por esos traficantes sin conciencia.

El General Andrade ha visto que la clemencia no puede nada contra los agitadores de oficio, y como sabe que su primer deber es velar por la paz, ha querido prevenir el mal en vez de castigarlo. El Gobierno tiene hoy medios de sobra para vencer todas las revoluciones que puedan hacer los enemigos del orden; pero está resuelto á castigar con todo vigor á los que traten de alterarlo de nuevo. Ya se verá que de hoy más tendremos paz en Venezuela, y los que viven de su honrado trabajo podrán disfrutar de tranquilidad.

Caracas: 14 de agosto de 1899.

ANTONIO PAREDES.



